

cederá á la virtud de la cruz impresa en los corazones cristianos. Esta es la via, el camino y la senda de la felicidad eterna. Entremos en ella; sigámosla sin ladearnos á la derecha ó á la izquierda; pongamos la vista en el cielo, y marchemos á él como buenos cristianos. Sea este el fruto de esta predicacion, y contemos todos con ser eternamente felices con nuestro padre san Indalecio en la triunfante Jerusalem de la gloria. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SANTA INES VÍRGEN Y MÁRTIR.

(DE TRONCOSO.)

Infirma mundi elegit Deus ut confundat fortia.

Dios ha escogido á los mas débiles del mundo para confundir á los mas fuertes.

I. Corint. c. 1. v. 27.

¡Cuán diferentes son las obras de Dios de las obras de los hombres! Limitados estos en sus ideas, menguados en su prevision, impotentes para llevar á cabo designios grandes y duraderos, solo producen efectos que si bien al pronto deslumbran los ojos de los ciegos mortales, pasando despues cual meteoros ó fuegos fatuos, ni dejan rastro de su existencia. La accion irresistible del tiempo todo lo consume: nada hay en lo humano que sobreviva largo tiempo á la mano que lo formara. Dios por el contrario, infinito en su sabiduría, inmutable en sus designios, inmenso en su poder, hace obras de eterna duracion que sobreviven á todos los acontecimientos del tiempo, que resisten á la accion de la muerte y existen mas aun que los siglos, tanto como su propia inmensidad. La iglesia es acaso el monumento mas auténtico de la grandeza y poder de este Dios; y los medios de que se sirviera para dilatar sus términos y extender su influencia son el rasgo mas portentoso de su sabiduría. No bien su autor inefable zanjara los fundamentos de este edificio imperecedero sobre la roca destinada á sostenerle, cuando mil proyectos se formaron para su exterminio. Los sabios apurando todo el caudal de su ciencia carnal y terrestre, intentaron des-

acreditarla; los grandes sirviéndose de su opulencia se propusieron envilecerla; los poderosos en fin armándose del acero y manejando hábilmente todos los medios de terror, se empeñaron en destruirla hasta sus fundamentos. Vanos designios! intentos locos! El Señor que ostenta su mayor sabiduría en lo que á la vista de los humanos parece una fatuidad, y hace brillar su poder en lo que aparece como una debilidad, escogió para realizar sus planes divinos los instrumentos al parecer mas insignificantes, y confundió la sabiduría carnal con la ignorancia, la opulencia con la pobreza, y el poder con la flaqueza.

Para poner de manifiesto esta verdad tan gloriosa para el cristianismo, bástanos recordar el triunfo que esta religion santa consiguiera á principios del siglo IV por medio de la débil vírgen santa Ines, gloria y ornamento de la iglesia católica, honor de Roma y espejo de las vírgenes cristianas. Jamas el mundo presenció un espectáculo tan sorprendente y enternecedor; jamas una lucha tan decidida entre la fe y el error, entre la virginidad y las pasiones vergonzosas de la deshonestidad. Oh religion! oh fe! Cuando yo te contemplo vencedora de todo el poder de los césares, de la insaciable rabia de los tiranos y del encono de sacerdotes venales y sacrílegos en la persona de los apóstoles avezados á los trabajos, connaturalizados con las privaciones, y acostumbrados á las penosas fatigas de una vida llena de peligros, no me pareces tan hermosa, tan llena de fuerza y de atractivos como cuando te miro recogiendo palmas y ciñendo laureles por el ministerio de una inocente niña de trece años, criada en el regalo, acostumbrada á las caricias paternas, y extranjera á los ardides de un mundo á quien apenas conoce. ¿Quién en efecto, católicos, no se llenará de asombro al considerar los prodigios de la fe que se manifiestan en el martirio de esta doncella ilustre? Admire norabuena el universo á un Abrahan, á quien esta virtud hizo suficientemente animoso para sacrificar á su propio hijo ante las aras del Señor, si este hubiera aceptado la consumacion de la víctima. Ensalce á Moises por haber despreciado en obsequio de esta misma virtud el favor de un monarca de Egipto y los deslumbrantes tesoros que le ofreciera. No cese de aplaudir á tantos ilustres santos como en el antiguo y nuevo Testamento supieron triunfar con la fe de los imperios y de los reinos, se hicieron superiores á las llamas abrasadoras, despreciaron los

dientes de las fieras y los alfanjes acerados de los verdugos. Yo por mi parte no dudaré decir que la fe de Ines me parece superior á todo esto: pues por medio de ella triunfó de sí misma y se hizo impenetrable á los halagos de la seducción, en una edad en que el placer convida con sus encantos y en que las pasiones se revisten del mas poderoso atractivo; y con ella venció los tormentos y confundió á los tiranos en una edad en que el deseo de la vida ejerce mayor influencia en el espíritu, y el horror de la destruccion contribuye á huir las ocasiones que pueden producirla. Ved aquí, amados oyentes, lo mas prodigioso del triunfo de Ines. Ved aquí la doble victoria que la religion alcanzara por medio de la debilidad de esta tierna doncella. Ines pues nos ofrece la apología mas brillante de la fe de Jesucristo, pues que en ella se realiza del modo mas portentoso aquella gran verdad que escogí por tema del presente discurso. *Infirma mundi elegit Deus ut confundat fortia.* El Señor ha elegido á los mas débiles para confundir á los mas fuertes.

Desenvolvamos esta grandiosa idea, implorando ántes los auxilios divinos por la poderosa mediacion de la vírgen de vírgenes y reina de los mártires, y al efecto dirijámosla la salutación angélica: *Ave María.*

PRIMERA REFLEXION.

No hay cosa mas poderosa para vencer un corazon jóven que los encantos del amor. Él hace frecuentemente enmudecer las voces del deber, arroja un velo espeso sobre los ojos para no ver los precipicios á que tal vez conduce, y revistiéndose de las formas mas poéticas y halagüeñas, enardece la imaginacion, exalta las ideas, aviva los espíritus vitales y enciende una llama que llega á veces á ser inextinguible. Hé aquí, católicos, el enemigo capital contra quien tuvo que luchar la fe de la ilustre santa Ines: enemigo terrible que, armado de todos los medios de seducción y de fuerza, la hizo una guerra tanto mas encarnizada y temible, cuanto el objeto á que se dirigia era mas débil para sostenerla. Nacida la virtuosa vírgen en el seno de la mayor corrupcion, en aquella ciudad que á la sazón quemaba incienso al ídolo de la prostitucion, habia afortunadamente recibido de sus cristianos padrés una educacion en todo con-

forme á los principios de moralidad y de virtud evangélicas; y su corazon adornado de las disposiciones mas bellas para el bien, se habia consagrado á Jesucristo desde su mas tierna infancia. Aun no contaba mas que trece años de edad y ya era un perfecto modelo de modestia, de pudor, de religion y amor á Dios, á quien desde que pudo conocerle y aun ántes que le conociese, como se expresa el padre san Ambrosio, habia hecho una donacion perfecta de sus potencias, de sus sentidos y de todo su ser.

Dedicada al mayor retiro se hallaba Ines, cual cumple á las vírgenes cristianas, cuando el horrible Asmodeo insinuándose en el corazon del hijo del prefecto de Roma, y encendiendo en él un fuego consumidor, le hace el instrumento de sus designios para intentar vencer la fe de aquella virtuosa virgen. Propicio fija sus ojos en la rara hermosura de Ines, y queda preso en los lazos de una pasion que llega al furor. Magníficos presentes, promesas halagüenas, artificios, ruegos, cuantos medios puede inventar la seduccion, todo lo emplea para conseguir la mano de la ilustre doncella. ¿Y con qué éxito? Ah! venid vírgenes cristianas, venid á admirar el espectáculo grandioso y sin par sublime que ofrece á vuestros ojos una niña en quien la ternura de la edad, el temor que es consiguiente á la debilidad de su sexo, y sobre todo el deslumbrante porvenir con que se le brindaba, parece hubieran debido rendirla sin el menor trabajo. Venid todos, cristianos, á contemplar la lucha de la fe contra el poder de las pasiones, el triunfo de la debilidad contra la fuerza de la seduccion.

Mal satisfecho el hijo del prefecto de Roma de su primera tentativa, no viendo un resultado cual fuera de desear de las primeras insinuaciones de su pasion hácia Ines, que despreciando sus presentes y mirando con desdeñosa indiferencia sus promesas, ni aun escuchar se dignara las proposiciones ventajosas que se le hicieran al efecto, decídese á presentarse en persona á la casta doncella, y á manifestarla sus pensamientos. Pero Ines, bien así como si hubiese visto ante sus ojos al mismo espíritu del mal, lanza sobre el atrevido jóven una mirada de indignacion, y con voz fuerte y energía sin igual le dice: apártate de mí, incentivo de muerte. Sábete que yo soy cristiana, y tengo empeñada mi palabra á otro amante inmortal, á quien correspondo con un cariño que no podrá entibiar todo

el poder del mundo y del infierno : *Discede á me pabulum mortis, quia jam ab alio amatore præventa sum.*

Cual si de repentino rayo hubiera sido herido el jóven amante, quedó estupefacto y atónito con la respuesta de Ines. Mírase sumergido en la mas profunda melancolía : y al considerarse despreciado, el despecho y la rabia ocupan el lugar que en su corazon ocupara el amor. Su imaginacion exaltada apela á la venganza, y ya no piensa sino en emplear contra el objeto de su malogrado cariño la fuerza y el poder. Declara á su padre su pasion, manifiéstale que ha sido burlado en sus esperanzas por una doncella á quien las supersticiones cristianas han hecho despreciar su ventajoso enlace, y le empeña á que tome la defensa de su causa, obligándola á aceptar su mano, ó condenándola á los mas atroces tormentos. ¡ Cuánto puede en el corazon del hombre una loca pasion ! ¡ Á qué extravíos no conduce el monstruo de la deshonestidad !

En efecto Ines es llamada al tribunal del prefecto. Este se vale de todos los artificios posibles para conquistar el corazon de la casta doncella ; realza el mérito de su hijo, la nobleza de su sangre, la opulencia de su casa y el brillante porvenir que de su union debe resultarla. Pero Ines, insensible á las promesas, sorda á los halagos, y ciega á todo el pomposo aparato que se ofrecia á su vista, contesta llena de una heróica resolucion : « Inútil es, señor, que os molesteis en ofrecermela mano de « vuestro hijo. Yo tengo ya un esposo que me espera en su « tálamo, que es Jesucristo; y este excede en grandeza, en poder y en riquezas á todos los esposos de este mundo. Si os « elevais á su origen, su madre es una virgen, su padre no « noció jamas mujer, porque fué engendrado desde el principio de la aurora entre los resplandores de la eternidad. Si « atendeis á su belleza, es el mas hermoso entre los hijos de « los hombres : en sus labios está derramada la gracia, y en « todo él brillan los resplandores de la divinidad. Si contem- « plais su riqueza, él es dueño del universo, rey de los reyes, « señor de los que dominan, y árbitro de los tesoros del cielo. « Si considerais su fidelidad, es tal, que amándole soy casta, « uniéndome á él quedo limpia, y recibéndole en mis brazos « permanezco virgen. Sellada estoy con el signo de su fe, ceñida con el cingulo de su esperanza y adornada con el anillo de « su caridad, para no poder admitir otro amante fuera de él. »

¡Qué palabras tan elocuentes, católicos! ¡Qué confesion tan sublime! ¡qué valor tan heróico! No nos maravillemos ya de que el padre san Ambrosio diga que hasta los mismos paganos espectadores de esta escena quedaron atónitos no ménos que enternecidos al ver á una vírgen tan débil dar un testimonio tan solemne de la Divinidad: *Stupere universi, quod jam divinitatis testis existeret, quæ adhuc arbitra sui per ætatem esse non posset* (1). De este modo, oh Dios omnipotente y santo, realizabas la promesa que hiciste á tu santa iglesia cuando dijiste: Perderé la sabiduría de los sabios y reprobaré la prudencia de los prudentes (2).

¿Y cuán grande no fué la confusion del prefecto al escuchar un lenguaje tan sublime de los labios de una tierna doncella? ¿Cómo hubiera podido persuadirse que tanta intrepidez, resolucion tan singular pudiese abrigarse en un corazon tan jóven, en un sexo tan débil? Pero no es la criatura, oh gran Dios, la que aquí combate: sois vos mismo, ó mas bien vuestra fe la que lucha contra todo el poder de la seduccion; la fe es el escudo impenetrable que defiende el pecho de esa niña inocente á quien vos habeis querido hacer el instrumento de vuestra gloria; la fe es la coraza que la hace impenetrable á los tiros que contra su pudor virginal dispara el genio del mal personificado en el jóven lascivo que á todo precio intenta posesionarse de su corazon; la fe es en fin la que revistiéndola de aquella fortaleza que nunca teme, que jamas retrocede ante los peligros ni se debilita con los continuos choques del enemigo, la hará completar en medio de la mayor corrupcion y en el seno de la inmoralidad, el triunfo que sobre sí misma ha reportado ya en los tribunales y en medio de las seductoras caricias del amor.

Grande es á la verdad la prueba, terrible y horroroso sobre todo encarecimiento el combate que se prepara á la honestísima doncella. El furor ha inspirado al prefecto de Roma el medio mas impío é inmoral que abrigar puede el corazon humano, para hacerla desistir de su santo propósito. No es ya el oro alucinador, ni las galas recamadas de perlas brillantes, ni las magníficas carrozas, ni los ricos aderezos lo que se pone á la vista de Ines para fascinar su espíritu y herir de vértigo su imagina-

(1) S. Ambros. De Virginibus. lib. 1. post initium.

(2) I Cor. c. 1. v. 19.

cion. Todo esto lo habia despreciado con heroísmo sin igual aquella vírgen pura é inocente. Tampoco se le presentan cadenas, grillos, esposas, ni el estremecedor espectáculo de las catastas, de las ruedas punzadoras, de los ecúleos y de las uñas aceradas para amedrentarla y acobardarla. Ines libre entre los hierros, podia elevar su espíritu al Dios de fuerza y de virtud, y en este concepto nada tenia que temer de los hombres, quienes si bien pueden ejercer su dominio en los cuerpos, ningun derecho tienen sobre las almas. Nada de esto es lo que se intenta ya contra la ilustre vírgen. ¿Qué es pues lo que te resta, oh monstruo de crueldad, tirano implacable, qué te queda por hacer contra esa débil y tierna niña? Ah!... ¡Horrorizaos, oyentes míos. ¡Vírgenes del Señor, cerrad vuestros oídos para no escuchar la sentencia que va á fallarse por ese juez impío! Ines, aquella doncella tan noble, tan virtuosa, tan recatada y honesta que jamas fijara sus castos ojos en ningun hombre, á quien la mas leve sombra de impureza hubiera llenado de estremecimiento, aquella en fin que por conservar ilesa su virginidad habia sabido sostener una lucha la mas porfiada y peligrosa contra toda la influencia de la seduccion, contra todo el poder de la tiranía, es mandada despojar de sus vestidos, y ser conducida al seno de la prostitucion, al lupanar!... lugar destinado á las mujeres de vida corrompida, cloaca inmunda en donde hervia la deshonestidad, en donde el escándalo moraba de asiento, y en donde el desenfreno y la licencia satisfacian hasta la saciedad sus apetitos desordenados.

¡Oh vírgen inocente! ¿á dónde vas? ¿á dónde te encaminas? ¿Conoces por ventura lo peligroso de este nuevo combate? ¿No ves que te expones cual inocente corderilla á la lúbrica rapacidad de lobos que te rodearán por todas partes y se disputarán la presa? Y tú sola, sin mas defensa que tu virginidad, sin otro apoyo que tu inocencia, ¿qué podrás hacer? ¿qué resistencia opondrás á tan fieros enemigos? ¿Mas qué dije, católicos? ¿No es la fe por la que Ines combate? ¿No es la fe la que la anima? ¿No es la fe la que la sostiene? ¿Y la fe no es mas poderosa que todos los ardides humanos? ¿Qué pues tiene que temer la vírgen cristiana? Nada, porque la fe obra prodigios, y si es necesario trastorna todas las leyes de la naturaleza. La fe habla á los montes y les dice: desapareced; y á su voz dejan de existir cual si nunca hubieran existido. La fe dice á un tullido: leván-

tate y anda; y á su voz salta, corre cual si jamas hubiera padecido la menor dolencia. La fe... Mas no hay porque referir los prodigios de la fe teniendo á la vista los que obrara en nuestra insigne heroína. Colocada en aquel sitio horroroso, eleva sus ojos y su espíritu al Señor, le pide su gracia, implora sus auxilios, y su corazon robustecido por la fe en su palabra divina, se apresta á combatir. El primer signo visible de la proteccion celestial, es una ráfaga brillante de luz que rodea su cuerpo virginal; á este prodigio síguese otro no ménos portentoso: los cabellos de Ines crecen súbitamente y cubren sus honestísimos miembros, y una especie de vestidura blanca al par de la misma nieve no permite que quede expuesta á las miradas profanas de los lividinosos que concurren á aquel lugar inmundo. ¿Quién pues osará acercarse á la que tan visiblemente protege el espíritu del Señor? Uno solo lo intenta, católicos, pero, ¡oh infeliz, que no sabe que en su mismo atrevimiento va á hallar el castigo mas palpable de su maldad!

En efecto, el hijo mismo del prefeto, despedido por las repulsas que ántes experimentara, forma el conato sacrílego de abusar por la fuerza de aquella tierna criatura. Ciego en su loca pasion, y desestimando los consejos de sus amigos que no osaran acercarse á ella, da un paso adelante, resuelto á profanar aquel santuario del espíritu divino; mas no bien hubo movido el pié, cuando cae en tierra y queda en el momento yerto cadáver. ¡Victoria á la fe de Jesucristo! ¡Victoria á Ines su sierva, que con ella ha sabido triunfar de sí misma, de los halagos de la seducción y de los ardidés de la maldad! ¡Victoria á la virginidad que en el seno de la corrupcion ha podido conservarse intacta con los auxilios de la religion! ¡Oh religion santa! ¡Cuán poderosa te muestras en Ines! ¡qué bella, qué encantadora te ostentas en el corazon puro de esa casta doncella! ¡qué prodigiosa me pareces cuando te contemplo triunfando de todo el poderío de las pasiones en un sexo tan delicado, tan tímido y á quien tan natural es la debilidad! ¡Blasfemen en buen hora, católicos, los sabios del mundo y los prudentes del siglo; declamen cuanto quieran contra los milagros de nuestra santa religion; censuren de demasiado crédulos á los que firmes en la fe creen que por ella y en ella se ha obrado cuanto de grandioso y sorprendente ha visto el mundo en los siglos pasados y presentes. Nosotros no haremos sino preguntarles: ¿cómo pue-

de explicarse que una vírgen en una edad tierna, criada en el regalo, rodeada de la opulencia, no acostumbrada á los trabajos ni avezada á los combates, no solamente rehuse un enlace brillante que se le propone, sino que por permanecer vírgen desprecie los honores y las conveniencias, resista á los halagos y caricias, sufra el odio y la animadversion, entregue sus manos al hierro y su cuello á las cadenas, tolere las prisiones, se haga insensible á las amenazas, y se decida á ser conducida entre los seres mas despreciables á un sitio que no puede nombrarse sin rubor? ¿Cabe esto en las combinaciones humanas? ¿La naturaleza es por sí sola suficientemente fuerte para sostener una lucha de este género? ¿Será el fanatismo el que conduzca á obrar tan heróicamente á una niña de trece años? ¿No es de necesidad reconocer un principio de un órden sobrehumano á quien atribuir estos hechos? ¿Y cuál será este sino la fe? Así lo reconocemos nosotros, amados oyentes, y en su consecuencia decimos que santa Ines fué una apología viva de la fe, en cuanto por medio de esta virtud triunfó de sí misma y se hizo impenetrable á los halagos de la seducción, en una edad en que el placer convida con sus encantos y en que las pasiones se revisten del mas poderoso atractivo: primera prueba del poder de la debilidad cristiana sobre la fortaleza del mundo: *Infirma mundi elegit Deus ut confundat fortia*. Réstanos exponer la segunda, manifestando que con esta misma fe triunfó tambien de los tormentos y confundió á los tiranos en una edad en que el deseo de la vida ejerce mayor influencia en el espíritu, y el horror de la destruccion contribuye á huir los peligros que puedan producirla. » Vedme ya en la

SEGUNDA REFLEXION.

Todos los seres vivientes apetecen naturalmente la existencia: no hay uno solo á quien no cause horror el pensamiento de la destruccion, y que por evitarla deje de adoptar todos los medios que á su respectiva condicion convienen. Pero entre todos el hombre, criado para dominar á toda la naturaleza y disfrutar de sus bellezas, es el que mas experimenta en sí mismo el instinto de la conservacion. Dotado de una razon capaz de conocer todo el horror del sepulcro, siente con mas vehemencia que todos los demas seres el abandonar una existencia cuyos